

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco,  
coordinadores

# Memorias del seminario internacional: El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad



**FLACSO**  
ECUADOR

© 2014 Flasco Ecuador

Coordinación de la Colección

Pensamiento de Fernando Velasco Abad:

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco.

Coordinación editorial del volumen: Soledad Álvarez Velasco

Edición: Álvaro Campuzano Arteta

Impreso en Ecuador 2014

ISBN: 978-9978-67-428-4

Flasco Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888 Fax: (593-2) 323 7960

[www.flasco.edu.ec](http://www.flasco.edu.ec)

La versión E-book de este volumen contó con el auspicio de la Fundación Rosa Luxemburg con fondos del Ministerio Alemán para la Cooperación Económica y el Desarrollo (BMZ)

# Índice

<b>Presentación</b> .....	ix
<i>Soledad Álvarez Velasco y Santiago Ortiz Crespo</i>	

## Apertura: el Conejo que necesitamos

<b>Fernando Velasco: pensamiento y acción</b> .....	3
<i>Alejandro Moreano</i>	

<b>Fernando Velasco: intelectual y militante.</b> .....	9
<i>Enrique Ayala Mora</i>	

## I. Debates desde la teoría de la dependencia

Capitalismo dependiente y relaciones de producción en <i>Ecuador: subdesarrollo y dependencia</i> de Fernando Velasco .....	21
<i>Matari Pierre Manigat</i>	

“Atrapar una imagen del pasado en un momento de peligro”: recordando y recuperando el marxismo crítico de Fernando Velasco Abad .....	33
<i>Agustín Lao Montes</i>	

Fernando Velasco: entre la teoría de la dependencia y el anuncio de la teoría de la revolución .....	43
<i>Patricio Rivas Herrera</i>	

## II. Legado en los estudios agrarios

La cuestión agraria en el pensamiento de Fernando Velasco . . . . .	55
<i>Manuel Chiriboga Vega</i>	
Crítica a la modernización capitalista y horizonte de autonomía en el movimiento campesino . . . . .	65
<i>Francisco Hidalgo Flor</i>	
El pensamiento de Fernando Velasco Abad y las nuevas cuestiones agrarias . . . . .	75
<i>Francisco Rhon Dávila</i>	

## III. Legado político y organizativo

Fernando, el Conejo Velasco y su actualidad política . . . . .	85
<i>Alberto Acosta</i>	
El pensamiento político de América Latina en los setenta: sus rupturas y perspectivas en el siglo XXI . . . . .	95
<i>Francisco Muñoz Jaramillo</i>	
Marxismo, socialismo y teología de la liberación en la década de los setenta en Ecuador . . . . .	109
<i>Hernán Rodas</i>	
El legado político del Conejo y la(s) izquierda(s) en el Ecuador y el mundo de los setenta. Un ensayo testimonial . . . . .	119
<i>Máximo Ponce</i>	
Fernando Velasco . . . . .	127
<i>Fander Falconí</i>	
El Conejo Velasco y la lucha de los trabajadores en la década de 1970 . . . . .	131
<i>José Chávez</i>	
El Conejo en la memoria de las organizaciones campesinas. . . . .	137
<i>Pedro Vásquez</i>	

#### IV. Hacia una lectura crítica de los proyectos de izquierda en la década de 1970

Apuntes para una crítica feminista de la izquierda (de los setenta) . . . . .	145
<i>Silvia Vega Ugalde</i>	
En torno a los fantasmas de la izquierda radical ecuatoriana del setenta . . . . .	163
<i>Hernán Ibarra</i>	
Visión crítica sobre los aportes en torno a la problemática indígena de Fernando Velasco Abad . . . . .	177
<i>Luis Maldonado Ruiz</i>	

#### V. Los setentas dentro de nuevas agendas de investigación en el contexto regional y nacional contemporáneo

Las pendientes de los años setenta: cuestiones y reflexiones para una agenda de investigación . . . . .	195
<i>Massimo Modonesi</i>	
Crítica y política en la sociología radical de los años setenta. Un homenaje a Fernando Velasco Abad . . . . .	207
<i>Valeria Coronel</i>	
<b>Sobre los autores</b> . . . . .	227

# En torno a los fantasmas de la izquierda radical ecuatoriana del setenta

Hernán Ibarra

Evocar a Fernando Velasco nos ofrece una ocasión para mirar hacia nuestro pasado y tratar de entender un tiempo que se nos puede aparecer como muy distante por las marcadas diferencias de nuestros actuales modos de pensar. Recordar es pensar ese pasado. El recuerdo es una lucha en la que pueden emerger fantasmas aunque este viaje al pasado también se puede realizar de modo nostálgico, generando recuerdos gratificantes. Hay muchas clases de recuerdos que inevitablemente son selectivos. Ante esta dificultad de manejar los recuerdos, he pensado en plantear una aproximación a una *memoria crítica* que tome en cuenta las cuestiones básicas que, desde mi interpretación *personal*, definieron una experiencia colectiva. Se trata de situar los hechos del pasado incluyendo aquello que ha sido reprimido en los recuerdos y que puede aflorar a partir de una reflexión retrospectiva.

El clima político en el que transcurrieron los años setenta nos remite a un período histórico más amplio que el de una década cronológica: el ciclo entre la Revolución Cubana y la caída del muro de Berlín. Durante este período fuimos testigos del ascenso y caída del gobierno socialista de Allende (1970-1973) y de las crudas represiones en el Cono Sur. Solo con el paso de los años se ha podido evaluar la dimensión de esas derrotas de la izquierda. Aunque simultáneamente surgieron las vigorosas experiencias de la izquierda peruana y brasileña, no creo que esos procesos hayan sido apreciados en sus implicaciones reales. La Revolución Sandinista, sin embargo, presentó problemas que no estaban en el libreto: el tema de la

democracia y del pluralismo, aunque en lo inmediato el triunfo sandinista aparecía como la ratificación de la vía insurreccional armada.

Durante los años setenta se fue produciendo una creciente dirección ideológica del Partido Comunista Ecuatoriano sobre amplios sectores de la izquierda con el acatamiento sin reservas de los planteamientos provenientes de la Unión Soviética y el silencio ante el autoritarismo de los regímenes de Europa oriental. La información crítica disponible sobre el socialismo real provocaba fuertes sospechas y rechazos. La Revolución Cubana estaba cubierta por un manto de prestigio que hacía ignorar la situación de monolitismo partidario que se consolidó en los años setenta. La transformación de los partidos comunistas del sur de Europa –su crítica e independencia de la dirección de Moscú– produjo lo que se llamó el eurocomunismo.<sup>1</sup> Pero la notable variedad de la tradición marxista, incluyendo el pensamiento de Gramsci, solo llegó limitadamente a pequeños núcleos.<sup>2</sup> En los años setenta también se produjo en Perú el redescubrimiento de Mariátegui por parte de la izquierda peruana.<sup>3</sup> En tanto que en México una importante corriente

- 
- 1 El llamado eurocomunismo fue un cuestionamiento a la política de sumisión respecto de las directrices de Moscú que abarcó a los partidos comunistas de España, Francia e Italia. El momento de mayor difusión de las ideas eurocomunistas fueron los años de 1976 y 1977. Las revistas españolas *Triunfo* y *El viejo topo* divulgaron análisis y reportajes sobre el eurocomunismo junto a debates sobre la crisis del marxismo. Una de las mayores consecuencias del influjo de esta corriente frente a las formulaciones políticas tradicionales del marxismo leninismo fue el abandono de la noción de dictadura del proletariado. Ver Claudín (1977).
  - 2 El intelectual marxista argentino José Aricó (1931-1991) fue el editor de la colección Cuadernos de Pasado y Presente en la que se publicaron estudios y documentos relativos a la tradición marxista que fueron divulgados en los años setenta y ochenta ampliando los horizontes del precario conocimiento existente sobre la trayectoria plural del marxismo. Sobre la recepción de Gramsci en América Latina, ver Aricó (2005).
  - 3 En la década del setenta se produjo una intensa relectura de Mariátegui desde la izquierda peruana. Eran lecturas desde posiciones estalinistas, leninistas y maoístas que aparecieron en folletos y en la prensa partidaria. Por ejemplo, en el semanario *Marka* se presentaron algunos debates e interpretaciones sobre Mariátegui. Una de estas lecturas fue la que propuso Abimael Guzmán, líder del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso, organización de stirpe maoísta que emprendió el camino armado desde 1980. Dirigiendo la recepción de Mariátegui hacia rutas distintas, la importante compilación de José Aricó (1980) reúne los documentos más relevantes que, ya desde la década de 1930, muestran el impacto de las ideas de Mariátegui en un plano internacional. En la introducción a esta compilación Aricó estableció un enfoque interpretativo que destacaba la originalidad y excepcionalidad del pensamiento de Mariátegui frente al marxismo ortodoxo. Por su parte Alberto Flores Galindo (1980) escribió por las mismas fechas un texto que abordó de modo sugerente temas nuevos sobre el legado de Mariátegui que refuerzan y confirman su originalidad y heterodoxia.

dentro del Partido Comunista conducida por Arnoldo Martínez Verdugo promovía una crítica al estalinismo que concluyó en la formación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) en 1981.

Frente al caso ecuatoriano, mi intención es pensar los rasgos básicos de la izquierda radical de los años setenta tomando en cuenta sus raíces sociales y políticas en el marco de una época de intensa modernización social. Esta elaboración personal propone un acercamiento a lo que fue la izquierda radical de esa época. Con ese término me refiero a las organizaciones políticas que se situaron a la izquierda del Partido Comunista del Ecuador (PCE) surgido en 1931 y que también marcaron una diferencia frente al Partido Comunista Marxista Leninista Ecuatoriano (PCMLE) fundado en 1964 como una escisión del PCE. En medio de esta reconfiguración del espacio político de la izquierda, nuevas organizaciones políticas como el Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana (1972) y el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (1977) se instalaron en el mismo espacio donde antes ya estaban situados el Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (1962) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) (1965).<sup>4</sup> De menor incidencia fueron las distintas vertientes del trotskismo que también aparecieron en la década del setenta de manera más o menos simultánea. En contraste, dicho sea de paso, en Colombia el trotskismo tuvo una mayor incidencia que en el Ecuador.

La circunstancia política fundacional que vivió la izquierda radical ecuatoriana fue el proceso reformista de la dictadura militar de Rodríguez Lara que, entre 1972 y 1975, abrió un ciclo de reformas de tipo nacionalista y desarrollista. Coincidiendo con una fase de cambios en el sindicalismo, de crecimiento de la organización del campesinado y del movimiento estudiantil, en este período se produjeron las condiciones para el desarrollo de la izquierda radical. Paradójicamente, había un clima favorable para la izquierda con el proceso de expansión del Estado y el nacionalismo militar. De allí que el apoyo crítico al gobierno de Rodríguez Lara que preconizó

---

4 Sobre el PCE ver Ibarra (2013) y acerca del PCMLE ver Sofía Zapata (2013). Para una aproximación a la izquierda de la década del sesenta, ver Bonilla (1991). El PSRE fue una escisión del Partido Socialista Ecuatoriano (PSE) nacido en 1926 y "refundado" en 1933 tras la ruptura que implicó la creación del PCE en 1931. Una visión parcial de la izquierda del setenta se encuentra en Rodas (2000: 100-130).



el PCE no debía sorprender a nadie, aunque estaba en la memoria la reciente experiencia de la dictadura militar de 1963-1966 y su represión a la izquierda. Por otra parte, la supresión de la actividad de los partidos políticos produjo una crisis en las viejas élites políticas liberales, conservadoras y velasquistas.

Las condiciones sociales de los años setenta fueron las de un crecimiento paralelo de las clases medias asalariadas y de una clase trabajadora urbana con el desarrollo industrial. La izquierda proveyó los activistas para el desarrollo del sindicalismo en tanto que el discurso tecnocrático estatal tenía una apertura hacia las ideologías de izquierda. Aun cuando no faltaron los episodios represivos y se creó un marco restrictivo al derecho de huelga —sobre todo en el periodo de Rodríguez Lara—, en estos años se toleraron las movilizaciones de trabajadores y campesinos.

Se puede definir a la izquierda radical tomando en cuenta por lo menos cuatro características constitutivas: 1) Un conjunto de principios doctrinales que tienen como base la confrontación del sistema establecido. 2) La proposición de métodos activos de lucha que sitúan a la lucha armada como una necesidad o quizá como algo eventualmente inevitable y ante la que se debe estar preparados aunque solo sea mentalmente. Desde este punto de vista, se trataba de una insurrección de las conciencias: existía la idea general de que se trata de preparar una insurrección popular. 3) La presencia imperante de un repertorio de ideas políticas provenientes del castrismo, el trotskismo y el maoísmo. Sin embargo, no se dejaba de insistir en algunos clásicos que debían ser de lectura obligatoria: *¿Qué hacer?* de Lenin, *El manifiesto comunista*, de Marx y Engels y los documentos partidarios. Todas estas versiones de la ideología y la teoría tenían sus claves interpretativas proporcionadas por los cuadros y los militantes más antiguos. 4) Finalmente, uno de los aspectos más problemáticos es la visión que se tenía de la lucha de clases y la asunción de ésta como parte de la vida personal.

Una organización política radical es un grupo de gente que comparte un conjunto de valores y expectativas alrededor de un cambio que se espera se produzca en la sociedad como consecuencia de la acción organizada. Las organizaciones de izquierda radical tuvieron un ciclo de origen, desarrollo

y posteriormente de crisis. Se trató de gente organizada no para resolver sus problemas, sino lo que se creía eran los problemas de la sociedad. Para ello se intentó elaborar algún diagnóstico, objetivos y metas. Pero independientemente de las intenciones de los miembros, como efecto de una réplica de lo que se criticaba, se reprodujeron las estructuras de la izquierda tradicional y su autoritarismo. En este sentido, la izquierda radical cayó presa de una tradición organizativa previa, el llamado centralismo democrático, adoptando formas parecidas de organización basadas en la jerarquía y la disciplina.

En tanto el objetivo central era hacer una revolución social, la organización fijaba los términos en los que se producían los revolucionarios, aquellos individuos que justamente, con algún método violento, transformarían la sociedad. En mayor o menor grado, se trataba de sociedades secretas que poseían sus mitos unificadores, jerarquías de poder y rituales que se articulaban en varios niveles de la participación de los miembros. En tales medios se producía una mentalidad conspirativa.

Comprender qué conduce a las personas hacia la militancia política puede ser visto desde diversos ángulos. Una parte de los militantes provenía de un entorno familiar favorable o permisivo, donde ya había existido una vinculación con ideas de izquierda. Asimismo, ocurrieron contactos con la ideología de izquierda a través del sistema educativo. Al respecto es importante tener en cuenta que en el sistema educativo ecuatoriano se había producido la difusión del marxismo a nivel incipiente, aunque esto fue más claro en el ámbito universitario y solo parcialmente en la educación secundaria. Además, el impacto de la teología de la liberación que proponía un acercamiento a los pobres y la educación liberadora de Paulo Freire produjo un efecto de radicalización en sacerdotes y jóvenes cristianos. A esto se debe agregar la divulgación de la literatura realista de los años treinta que sensibilizaba ante el tema de la opresión y la vida de las clases populares.<sup>5</sup>

---

5 Desde 1970, dentro de la colección Clásicos Ariel se publicaron una significativa cantidad de títulos de autores de la generación del treinta. Eran libros baratos de circulación masiva que produjeron un nuevo momento de divulgación de la literatura realista de los años treinta en el sistema educativo.

En cuanto a la difusión del marxismo, es necesario observar varios ambientes. Por una parte, las escuelas de sociología y carreras afines donde se estudiaba el marxismo con mayor o menor profundidad. Más ampliamente, la difusión del materialismo histórico en la educación universitaria tuvo como textos predominantes *Los conceptos elementales del materialismo histórico* de Marta Harnecker (1971) y un repertorio de antiguos manuales soviéticos.<sup>6</sup> Tales manuales ofrecían un conjunto de verdades universales y una capacidad explicativa que proporcionaba certezas ante hechos de la realidad. De esta manera, el marxismo leninismo se convirtió en un conjunto de afirmaciones fáciles de captar ante interpretaciones de naturaleza más compleja provenientes de las ciencias sociales. A esto se refirió Carlos Iván Degregori (2005: 174-175) con lo que denominó “la revolución de los manuales”: una visión esquemática del marxismo que entendía la revolución como destino ineluctable y naturalizaba el autoritarismo. Mientras el manual de Harnecker expandía su influencia en los años setenta, el manual de marxismo de Manuel Agustín Aguirre se eclipsaba luego de haber tenido vigencia durante dos décadas.<sup>7</sup> Por otra parte, el acercamiento al marxismo ocurre en el ambiente propio de las estructuras y formaciones políticas. Esto incluye cursos, lecturas dirigidas y discusiones donde era fundamental la transmisión de conocimientos del cuadro hacia el militante y al simpatizante.

Los rasgos de las estructuras organizativas de la izquierda radical tenían antecedentes en la vieja izquierda. Tanto el PCE como el PCMLE eran los portadores de la versión estalinista del “centralismo democrático” cuyos rasgos distintivos predominantes eran la autoridad inapelable de los dirigentes y la aceptación de la unanimidad como regla. Las discrepancias generaban sanciones y por ello no existía el pluralismo. Una consecuencia de esto era que los puntos de vista diferentes podían terminar en la marginación o la expulsión de disidentes mediante purgas internas.

---

6 De modo más limitado también se produjo la lectura de Althusser y Poulantzas, en tanto que Gramsci fue poco leído. El teórico trotskista belga Ernest Mandel, por otro lado, también tuvo cierta influencia.

7 El manual de Manuel Agustín Aguirre (1950), publicado en dos volúmenes es un texto de divulgación que muestra su conocimiento directo de los clásicos del marxismo. Su estructura evidencia el influjo de Georges Politzer, Riazanov, Lapidus y Ostroviatinov.

En el PCE y el PCMLE, la dirección era ejercida por personajes de generaciones más antiguas que mantenían bajo control a las generaciones más jóvenes. En el PCE la participación en la juventud comunista era una estación necesaria antes de pasar a la organización mayor que mantenía en un estado de hibernación el ímpetu comunista juvenil. La izquierda radical, por su parte, reunía a personas de aproximadamente la misma generación donde predominaban los atributos juveniles —en general, se trataba de gente de una edad menor a los treinta años—. Sin embargo, de una manera u otra, la izquierda radical terminó por reproducir este mismo esquema organizativo. El hecho es que los militantes participaban en estructuras autoritarias y asumían la disciplina como el fundamento de su vida personal.

La estructuración de un discurso de corte radical y la proclamación de la acción armada se convirtieron en fuertes marcadores de tipo discursivo. En un país donde las luchas sociales habían sido esencialmente no violentas y las organizaciones laborales se institucionalizaron desde los años treinta, la invocación a la violencia se tornó en un rasgo de identidad radical.

La militancia de izquierda tenía un conjunto de rasgos que deberían ser aclarados y especificados. La izquierda, para empezar, otorgaba un tipo de identidad. Se trata de una identidad colectiva, fundada en mayor o menor medida en la participación en una organización “total”, en el sentido de que abarcaba el mundo público y privado de las personas. El ámbito de la vida privada se hallaba reprimido o represado, por decir lo menos. El militante vivía por y para la organización. Se definían pautas de vida que aludían a una moral revolucionaria cuyos fundamentos eran la austeridad y el espíritu de sacrificio.

Pero por otra parte, hasta cierto punto, la organización política podía ser compatible con trayectorias de ascenso social. Podía facilitar el acceso a empleo en el aparato de Estado, en el sistema educativo o aseguraba ese tipo de empleo que consistía en ser funcionario rentado en la organización política (el cuadro profesional) y después en una ONG, si era el caso. En este sentido, la izquierda radical cumplió un papel organizador y racionalizador del acceso al empleo o, más precisamente, participó en la formación de una clase media profesional. Papel que también cumplió la izquierda tradicional más antigua. Por ello, la izquierda como tal no estaba apartada

de los procesos de desarrollo de la clase media, aunque muchos militantes pusieran por un tiempo entre paréntesis su inserción en el mercado de trabajo.

Algunas referencias culturales de la izquierda remiten a la lectura de obras literarias, preferentemente las provenientes del realismo social y el realismo mágico. La música protesta proporcionó una banda sonora y las formas de vestir predominantemente informales poseían un aire ligeramente hippie. Pero en otra dimensión del ámbito cultural, en una sociedad como la ecuatoriana cabe preguntarse qué papel jugaron los símbolos y significantes de la religión católica en la izquierda, tanto como ambiente cultural general como en lo que se refiere a su vinculación específica en el sistema educativo. Al respecto, podemos hablar de la *fé* del militante. Al margen de una sociedad con aspectos laicos y racionales, que la izquierda teóricamente contribuyó a fomentar, hay un nivel religioso que se halla dado por un conjunto de creencias y valores que tienen rasgos ideológicos. La fe en los dirigentes, en las acciones, en la necesidad de *mantener flameando las banderas*: todo esto a veces se ha englobado erróneamente bajo la noción de “las utopías”. Tal vez sea más adecuado hablar de la construcción de imaginarios sustentados en la existencia de lo que se llamó el campo socialista.

Dentro de la izquierda, existían diagnósticos elementales de la sociedad y un escaso nivel de elaboración teórica. A través de mecanismos de transmisión de conocimiento predominantemente orales, las organizaciones políticas producían ideólogos más que teóricos. Era una izquierda que poseía una prensa irregular que tenía como característica ofrecer poca información y análisis.<sup>8</sup> Junto con las hojas volantes y la folletería, se hacían llamados a la acción y reafirmación de la línea partidaria.

El lenguaje político de la izquierda estaba poblado de palabras clave: imperialismo, lucha de clases, capitalismo, revolución, revisionismo, reformismo, desviaciones de derecha o izquierda, oportunismo, vanguardismo,

---

8 *El Pueblo* (del PCE) y *En Marcha* (del PCMLE) fueron periódicos partidarios que se publicaron regularmente en los años setenta. Entre su público lector se contaba la militancia de la izquierda radical que también leía la revista *Nueva*, cercana al reformismo militar, al sindicalismo y a las ideas progresistas.

clase obrera, desviaciones pequeño burguesas, enemigo de clase. Habría que indagar qué palabras clave pesaban más en la izquierda radical y cuáles más en la izquierda reformista y cuáles eran los significados que delimitaban las fronteras entre amigos y enemigos.

El militante es fruto de sus circunstancias sociales y familiares originarias, pero también es producto de la maquinaria en la que está inserto. Una organización puede generar un espíritu de secta. La pertenencia a una formación política determinada, en la que se dispone de poca visión hacia afuera y donde predominan creencias afirmadas, lealtades y compromisos que incluyen las relaciones de pareja y familiares, va creando un espíritu de particularismo.<sup>9</sup> Bajo tales condiciones surge el sectario, el militante con rasgos que le pueden acercar al fanático.

Si aceptamos que en estos casos se trata de una comunidad sectaria en la que hay autoridades, vínculos, lealtades y obligaciones, habría que asumir que tales comunidades tienen en su interior diferenciaciones de clase y étnicas. Estas diferenciaciones eran ignoradas a través de la nivelación con el trato de “compañero”. Pero esta aparente igualación quebraba tan solo ilusoriamente las reales diferencias y las postergaba.

Las organizaciones de izquierda radical proporcionaban seguridad y protección a sus miembros. Si asumimos que se trataba de grupos de creyentes, habría en su interior una idea de protección grupal. Quizá más precisamente de protección y control entre sí.

El autoritarismo tiene que vincularse necesariamente con los procesos de representación y delegación del poder en estas pequeñas organizaciones cerradas. Predominaba una tendencia a exagerar los roles de representación y el desarrollo de una actitud pasiva consistente en delegar funciones en quienes cumplían el papel de dirigentes.

La crítica y autocritica en estos contextos pueden ser entendidas parcialmente como procedimientos de confesión, sanción y expiación de culpas que cumplen un papel ritual. Se trataba también de un sistema regulatorio de la conducta donde se producía un extraño juego entre la coacción y la autocoacción. Era pues un sistema de vigilancia y control. La crítica

---

9 Para una profundización de este tema ver Tarcus (1998).

y la autocrítica posibilitaban evacuar conflictos personales, producían una catarsis grupal y permitían mantener siempre activa la expectativa frente a objetivos y tareas. Eran coacciones que surgían de un determinado modelo de acción colectiva que implicaba una organización política clandestina con diversos grados de compartimentación. Todo esto puede ser entendido como los patios interiores de la izquierda: esa cara oculta de formaciones políticas donde se desarrollan un conjunto de relaciones y experiencias que marcan la vida de los individuos que optan por la militancia.<sup>10</sup>

Las mujeres militantes tenían una presencia notoria. Probablemente entre una cuarta a tercera parte de la militancia era aportada por mujeres.<sup>11</sup> Pero la izquierda en todas sus variantes fue resistente a la incorporación del tema de género en su seno. El feminismo incipiente de los años setenta no tenía cabida. El rol subordinado de la mujer puede evidenciarse en su virtual ausencia de los lugares de toma de decisiones donde predominaban los hombres.

Por otro lado, la ausencia del tema étnico tiene que ver con el predominio de las ideas de clase. Esto ocurría básicamente porque se identificaba como sujeto social portador de la revolución a la clase obrera, mientras que el tema rural se resolvía alrededor de la alianza obrero-campesina y las demandas de clase. Un tema oculto era el racismo inconsciente de la izquierda que no podía abordar la problemática de la dominación étnica en la sociedad.

Me pregunto sobre las diferencias entre lo que puede llamarse la sociabilidad y la socialización como procesos en los que se halla inserto el militante de izquierda. La sociabilidad estaba dominada por la vida organizativa, los ocasionales vínculos con el mundo popular, las fiestas militantes y las peñas folklóricas. En cuanto a la socialización, la izquierda podía ofrecer un marco de transición hacia la edad adulta, aunque esto no se encontraba claro para los sujetos implicados. Los espacios de izquierda también

---

10 He podido conversar informalmente sobre estos temas con militantes de la izquierda radical y comunista de aquel tiempo. Aunque no necesariamente hayan coincidido con mis apreciaciones, estos intercambios me han permitido recrear las motivaciones de esa época.

11 Por su valor testimonial, es muy sugestivo el relato autobiográfico de Maruja Martínez (1997), una militante trotskista peruana del setenta que presenta un vivo retrato de una experiencia militante femenina.

contribuían a forjar un tejido de relaciones personales con vínculos dados por la ideología, con la tendencia a la represión de los afectos y a gestar fuertes conflictos personales.

Uno de los mayores obstáculos para la adquisición de un conocimiento adecuado del mundo laboral fue el mito de la clase obrera. Éste consistía en atribuir a los trabajadores una determinada conducta radical o revolucionaria. Según la izquierda tradicional, esas formaciones políticas eran las que representaban al sujeto revolucionario, eran su vanguardia. Sin dejar de atribuir esa conducta ideal a los trabajadores, la izquierda radical consideraba que la izquierda tradicional había carecido de una voluntad transformadora traducida en prácticas de naturaleza reformista. El mito de la clase obrera originado en la difusión del marxismo vulgar, se basaba en suponer que los trabajadores industriales eran el eje de cualquier proceso transformador. Este mito surgido de una teoría social se cristalizaba en la forma de una doctrina que postulaba al proletariado como una clase con la misión de transformar la sociedad bajo la dirección de su partido de vanguardia que conduce a los explotados. Afirmaciones de este tipo no necesitaban ser probadas ni discutidas. Estas ideas estaban muy enraizadas en la izquierda ecuatoriana desde sus orígenes. El desconocimiento de la cultura popular y la vigencia del mito de la clase obrera impedían comprender la conciencia real de trabajadores y campesinos.

Históricamente, las propuestas sindicales tuvieron poca relación con el peso social y organizativo de sus miembros. Desde los años treinta hasta los años setenta, la constitución de discursos y demandas obreristas fueron una paradoja histórica en una sociedad ampliamente rural, con un marco de organizaciones mayoritariamente conformadas entre los trabajadores de servicios, los artesanos y débilmente entre los trabajadores industriales y campesinos. La base social del sindicalismo, en todo caso, estuvo más acorde con el discurso obrerista en la década del setenta, cuando se amplió la afiliación de segmentos importantes de trabajadores industriales y de otros grupos laborales provenientes del empleo público en una época de desarrollo industrial y crecimiento del Estado.

En este marco, una cuestión conflictiva fue la relación contradictoria con los intelectuales. Inicialmente surgió la dificultad de definir lo que era un in-



telectual en esos espacios de izquierda. Se buscaba el apoyo de intelectuales, es más, ciertos grupos de militantes habían tenido una formación intelectual. Sin embargo, la estructura política generaba un poderoso estímulo anti intelectual que consistía en gestar un anti intelectualismo. Así, se llegaba a concebir la actividad intelectual como una desviación, aunque en ciertos círculos se alababa la inteligencia como un atributo personal. Esto tenía como efecto producir la ausencia de ideas alternativas o, también, de impedir el apareamiento de posiciones antagónicas. Con ello tendía a predominar un solo discurso o variantes del mismo discurso, o bien, la disponibilidad de cierto tipo de intelectuales para legitimar el discurso dominante que emanaba de la dirección política. La producción intelectual tenía que ser útil a los fines de la organización, de otro modo carecía de sentido. Esto alejaba a potenciales adherentes provenientes del mundo artístico y literario.

Los nexos de la izquierda radical con el mundo popular estuvieron relacionados sobre todo con el sindicalismo. Sería necesario situar el vínculo entre el sindicalismo y la presencia de fuerzas políticas en su seno. Frente a un control formal e informal de fuerzas políticas, persistía una autonomía real de las organizaciones de base. El fundamento de esto se halla en que el sindicalismo cumple un rol sociopolítico, donde el sindicato de base tiene un conjunto de mecanismos de presión para resolver ocasionales conflictos con la patronal y, a cambio de eso, toleraba la presencia de fuerzas políticas en la conducción formal de la dirección sindical. Los grupos de izquierda radical proveyeron de activistas y discursos que promovieron la consolidación del sindicalismo en la década del setenta con la formación de una identidad obrera y dirigencias radicales que encontraban su sentido cuando había rasgos de confrontación en los conflictos laborales.

A lo largo de los años setenta estuvo presente una tensión muy fuerte entre el espíritu insurreccional y la acción reivindicativa de trabajadores y campesinos, quienes se guiaban más por negociaciones para resolver sus demandas. Con el retorno a la democracia, se instaló la problemática de la inserción política de la izquierda radical en las nuevas condiciones. Esto produjo la respuesta pragmática de la formación del Frente Amplio de Izquierda (FADI) con la hegemonía del PCE, mientras que el PCMLE optó por crear el Movimiento Popular Democrático (MPD) como estructura legal.

En 1979, cuando se produjeron las elecciones presidenciales que dieron el triunfo a Roldós en Ecuador, también ocurría la fundación del Partido de los Trabajadores en Brasil, el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua y la crisis de la efímera Alianza de Izquierda Revolucionaria en Perú. Al año siguiente, en 1980 Sendero Luminoso iniciaba las acciones armadas que llevaron a un período de violencia cuyas graves consecuencias serían reveladas muchos años más tarde con el trabajo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

La década de 1980 presentó un modo de resolución del conflicto que se había instalado en la izquierda radical entre el llamado a la insurrección y la inserción en el sistema político que exigía otras modalidades de acción política. La crisis de las organizaciones de izquierda radical condujo a procesos de disolución y fraccionamientos que, por lado, dejaron disponibles a grupos de militantes para formar organizaciones armadas y, por otra parte, la participación electoral llevó a otros círculos a buscar la inserción en el PCE o en la Izquierda Democrática.

Mi intención al acercarme a la definición de ciertas coordenadas de una memoria crítica de la izquierda radical del setenta, ha sido la de señalar aspectos problemáticos que no han sido discutidos. Entre la neblina del ayer y el olvido también se encuentra una resistencia a explorar el pasado liberándolo de censuras morales e ideológicas. Justamente el desafío de la memoria consiste en asumir el pasado con sus conflictos y contradicciones. Más que conclusiones tajantes se abren entonces nuevas interrogaciones.

## Bibliografía

- Aguirre, Manuel Agustín (1950). *Lecciones de marxismo o socialismo científico*. Quito, Imprenta de la Universidad.
- Aricó, José (1980). *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México DF, Cuadernos de Pasado y Presente.
- \_\_\_\_\_ (2005). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- Bonilla, Adrián (1991). *En busca del tiempo perdido. Diferenciación y discursos de la izquierda marxista en los sesenta*. Quito, Flacso.
- Claudín, Fernando (1977). *Eurocomunismo y socialismo*, México DF, Siglo XXI, 4ª edición.
- Degregori, Carlos Iván (2010). *Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999*. Lima, IEP.
- Flores Galindo, Alberto (1980). *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*. Lima, DESCO.
- Ibarra, Hernán (editor) (2013.) *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)*. Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.
- Martínez, Maruja (1997). *Entre el amor y la furia*. Lima, Sur Casa de Estudios del Socialismo.
- Rodas, Germán (2000). *La izquierda ecuatoriana en el siglo 20*. Quito, Abya Yala.
- Tarcus, Horacio (1998). “La secta política. Ensayo sobre la pervivencia de lo sagrado en la modernidad” en *El Rodaballo*, No. 9, Buenos Aires 1998/99.
- Zapata, Sofía (2013). *Hacia la reclusión de un espacio social crítico: la acción del PCMLE en la Universidad Central del Ecuador*. Tesis de Maestría, FLACSO-Sede Ecuador, Quito.